M

uchas veces hemos mencionado que las universidades deben formar los profesionales que el mundo necesita, lo que incluye la atención de las demandas de los empleadores. Desafortunadamente es corriente que las instituciones de educación superior no estén coordinadas con las empresas.

Los inventos y los descubrimientos cambian notoriamente la forma como se producen bienes o se prestan servicios. Se requiere apropiarse muy rápidamente de los nuevos procesos, para no convertirse en empresas obsoletas. Los jóvenes suelen adaptarse rápidamente a los nuevos requerimientos, no así los mayores.

Cuando las IES empiezan a reaccionar ya las empresas han creado sus propias formas de capacitación y han efectuado varias pruebas hasta dar con el nuevo comportamiento requerido.

A sabiendas de estas situaciones, varios se dedican a formar en cuestiones específicas, con la certidumbre de que en el corto plazo esas nuevas competencias generarán altos retornos. Estos llegan a sostener que no es necesaria la formación universitaria, llena de conocimientos pasados de moda.

Cuando una carrera no responde rápidamente, se les abre la puerta a otros programas de pregrado, a especializaciones o maestrías de profundización, a cursos, seminarios y diplomados diseñados por las unidades de educación continua y a miles de ofertas de entidades que no se catalogan como educadoras, aunque se dediquen a enseñar. Los precios atraen las personas hacia lo menos exigente, sí no se consiga un título. A la empresa lo que importa no es el título sino la competencia, que se demuestra al resolver problemas.

En la actualidad ya se están contratando contadores con habilidades en el manejo y análisis de grandes datos, en el diseño y aprovechamiento de herramientas de inteligencia artificial, en novedosas maneras de conservar datos, en aplicaciones estadísticas complejas, en estudios prospectivos. Cuando las IES se ocupen de verdad de estos asuntos, las entidades ya tendrán otras preocupaciones.

Las firmas de contadores tienen que capacitar su personal más allá de la docencia disponible en sus plazas, a fin de conquistar mercados con base en nuevas competencias. Este esfuerzo, muy costoso, tiene que producir otros beneficios, como una mayor pertenencia de los funcionarios. Cuando se falla en esto se produce un retiro sostenido de empleados que se tornan en competidores o que son vinculados por los clientes de las firmas.

Una de las funciones de los centros académicos es el seguimiento de las preocupaciones de frontera, pues estas indican los más probables éxitos futuros que se introducirán disruptivamente a los mercados. Quienes panean los centros de investigación y desarrollo están en las mejores posibilidades para anticipar los futuros probables y prepararse para ellos. ¿Qué revolucionará la contabilidad en 10 años? No debemos dar palos de ciegos.

*Hernando Bermúdez Gómez*